



EL SEPULCRO DE D. ÍÑIGO LOPEZ CARRILLO DE MENDOZA.

En la catedral de Toledo y en la capilla llamada de San Ildefonso, se halla el precioso sepulcro cuya copia exacta presentamos hoy, como una de las obras mas notables que en su género posee nuestro país. Aunque de diversos gustos el enterramiento y el arco que le contiene, forman un conjunto de excelente efecto. En la lápida que se descubre al centro, se halla grabada la siguiente inscripcion:

*Aquí yace Don Íñigo Lopez Carrillo de Mendoza, Visorey de Cerdeña, sobrino del Cardenal Gil de Albornoz y hermano del Obispo. Falleció año de 1491 en el Real de Granada.*

## ESOPO EL FRIGIO.

### ANÉCDOTAS BIOGRÁFICAS.

#### II.

Hasta aquí, como se vé, la fortuna, sino alhagaba á nuestro poeta, tampoco le perseguía. — ¡Que era esclavo! en cambio él lo sabia, y hay ahora tantos que lo son, y ni lo saben, ni lo creen si lo sospechan. — ¡Que daba siempre con tontos? gran fortuna para los hombres de talento, que los pueden traer y llevar á su capricho como si jugaran los cubiletes. — Bien que si vamos á cuentas, esclavitud por esclavitud, y tontos por tontos, muchos fabulistas modernos se cambiaran por el Frigio.

Solamente una cosa pudo dar que hacer á Esopo, y hasta desesperarse, á pesar de su chispa: el odio cordial que desde entonces le profesó la muger de Xanto. Cualquiera de sus mejores fábulas—que

escribió despues—hubiera dado el pobre poeta por no haberse metido nunca en aquella matrimonial camisa de once varas; pero lo hecho estaba hecho, y habia salvado de la muerte á un marido, filósofo por añadidura, que ya era accion para tranquilizar su conciencia.

Aparte de estos sinsabores caseros, la vida de Esopo se destizaba mas tranquila que un arroyo sobre la alfombra de los campos, como diria un *revistero de Madrid*. — Su fealdad se aumentaba en proporcion del desarrollo de su inteligencia, y su amo seguia castigándole sin ton ni son, ni mas ni menos que si conociera lo que habia perdido en felicidad ganando de nuevo á su muger.

Quiso un dia convidar á varios de sus amigos, y Esopo recibió orden para comprar las mejores viandas del mercado.

—Yo te enseñaré, dijo el Frigio para su capote, á especificar lo que desees y á no sujetarte al capricho de un esclavo.

Y con esta piadosa intencion compró solamente lenguas, que hizo alheñar de los diversos modos conocidos. Los convidados loaron la eleccion del primer principio, y aun la del segundo; pero—al ver que el tercero y el cuarto y todos los restantes eran lenguas, manifestaron paladinamente su disgusto.

—¿No te mandé, dijo el filósofo, comprar lo mejor que hubiese en el mercado?

—¿Y qué mejor que la lengua?—respondió Esopo.—La lengua es el lazo de la vida civil, la llave de las ciencias, intérprete de las pasiones, órgano de la verdad y de la razon. Ella reúne los pueblos y los civiliza; ella reina en las asambleas; ella instruye; ella persuade; ella cumple el mayor de nuestros deberes, que es alabar á los Dioses.

—¡Pues bien!—dijo Xanto que queria cazarlo en sus propias

15 DE OCTUBRE DE 1830.



redes;—compra para mañana lo peor.—Señores, os convindo tambien para mañana.

Al día siguiente les sirvió Esopo la misma comida, y como la concurrencia casi se amotinara, dijo que la lengua es la peor cosa del mundo, madre de todos los pleitos, ocasión de todas las riñas, origen de todas las guerras; que las menos veces era órgano de la verdad, y las mas del error y de la calumnia; consejera de crímenes, destructora de pueblos; que si sirve para alabar á los Dioses tambien sirve para blasfemar de ellos. No faltó uno de los presentes que dijo á Xanto, para su mayor desesperación, que venia como de molde un criado como aquel para dar al traste con la paciencia de un filósofo.

No era solamente en la compañía de su dueño donde Esopo hacia muestra de su donaire y de su agudeza. Un día que cierto negocio le tuvo fuera de su casa, se encontró en la calle al magistrado que le preguntó adonde iba. Yo por distraído, ó ya por otra razon cualquiera, Esopo le respondió que no lo sabía, con que el magistrado, teniendo por desprecio ó por irreverencia esta contestacion, le mandó prender. Cuando le llevaban á la cárcel exclamó:

—¿Por qué me prenden? ¿no he respondido bien? ¿sabia yo que me llevarian adonde me llevan?

Convencido el juez le puso en libertad, y felicitó al filósofo por tener tal criado; pero Xanto por su parte no necesitaba de estos elogios para conocer cuánto le honraba su posesion. De todos sus apuros le sacaba Esopo. Su talento, verdaderamente sobrenatural, aunque cubierto con aquella apariencia tosea, brillaba á cada paso, desluciendo el del filósofo.

En cierta ocasion enseñaba Xanto á sus discípulos el arte de embriagarse... con la práctica. Esopo los servia, y cuando vió que empezaban á perder la razon discípulos y maestro, les dijo:

—El exceso del vino produce tres resultados:—El primero la voluptuosidad; el segundo la embriaguez, y el tercero el furor.

Riéronse todos de su observacion, y continuaron bebiendo. Xanto perdió la razon, y comenzó á decir que era capaz de beberse toda la mar. Burláronse de él sus discípulos, y enojado quiso sostener su proposicion, y apostó su casa á que se beberia la mar entera.—Y en prenda depositó el anillo que llevaba en el dedo.

Cuando, disipados los vapores del vino al día siguiente, echó de menos el anillo, se sorprendió sobremanera, y fué necesario que Esopo ayudase á su memoria para que recordase su locura. El pobre Xanto se desesperó y maldijo de su apuesta; pero, como siempre, recurrió á su esclavo para salir del compromiso.—Y él efectivamente le salvó.

A la hora señalada para la ejecucion de la apuesta, todos los habitantes de Sama corrieron á la orilla del mar á ser testigos de la humillacion del filósofo. El discipulo de la apuesta creia ya segura su ganancia, cuando Xanto dijo en alta voz:

—Señores, he apostado con efecto que beberia todo el mar; pero no los rios que desembocan en él. Que haga variar su curso mi discipulo, y yo cumpliré mi apuesta.

Admiráronse todos de la disculpa de Xanto, que le salvaba el honor. Confesó su vencimiento el discipulo, pidiéndole mil perdones, y el pueblo le llevó á su casa casi en triunfo.

Pidióle Esopo en recompensa su libertad; pero se la negó el filósofo, diciendo que aun no era tiempo; que se la concederia cuando los Dioses se lo aconsejaran con un agüero feliz. Por ejemplo, si al salir el poeta de su casa veia dos cornejas, le otorgaria la libertad; pero si una solamente, seguiria siendo esclavo.—Esopo salió inmediatamente, y vió dos cornejas que se posaron en la copa de un arbol. Corrió á decírselo á Xanto, que quiso verlo por sus ojos; pero tardó en salir de casa, y una de las cornejas huyó mientras tanto.

—¿Me engañarás tú siempre? dijo á Esopo. Yo te daré tu merecido.

Castigando estaban al pobre poeta por esta accion, cuando vinieron á convidar á Xanto para una boda.

—¡Ay de mí!—exclamó Esopo.—¿Qué embusteros son los presagios! A mí, que he visto dos cornejas, me están castigando, y á mi señor, que no ha visto mas que una, le convidan para una boda.

Esta sátira agradó tanto al filósofo, que ordenó treguas en el castigo; pero de ninguna manera accedió á darle libertad.

En otra ocasion se paseaban amo y criado entre monumentos antiguos, leyendo con placer las inscripciones que encontraban. Vió Xanto una que no pudo comprender, á pesar de toda su ciencia, como que solamente se componia de las primeras letras de algunas palabras, lo que le obligó á confesar ingenuamente su poquedad.

—¿Si encontráramos un tesoro por estas letras—dijo el fabulista—qué recompensa me dariais?

—La libertad y la mitad del tesoro.

—Significan—prosiguió el poeta—que á cuatro pasos de aquí encontraremos uno.

Y con efecto, hicieron una escavacion y lo encontraron; pero el filósofo no queria cumplir su palabra.

—Librenme los Dioses de tal idea—dijo—hasta que me descifres el enigma de esos caracteres.

—Son—dijo Esopo—los primeros de estas dos palabras:—*Apidas*, *Bemala*, etc.—Es decir:—«A cuatro pasos de este lugar hay un tesoro escondido en la tierra.»

—Eres muy sábio y me pesaria de darte libertad. No la esperes.

—Yo os denunciare al rey Denis—repuso Esopo enojado—porque la mitad de este dinero le pertenece.

Intimidado Xanto dijo al Frigio que tomase la mitad del tesoro á trueque de callar; pero Esopo declaró que nada le debía, puesto que el letrado tenia este doble significado:

«Partid el tesoro antes de regresar á Samos.»

Por temor de que publicara este suceso, Xanto le mandó encerrar cargado de cadenas.

—¡Ay de mí!—exclamó el Frigio.—¿Así cumplen sus promesas los filósofos?—Pero tú me darás libertad tarde ó temprano, de grado ó por fuerza.

El vértigo de la libertad es el verdugo, el torcedor de todos los hombres grandes. Esto sucedia doscientos treinta años antes de la fundacion de Roma.

### III.

Dios ha puesto en el corazon de los hombres de genio el presentimiento de la verdad. Sin que pretendamos con esto dar á entender que adivinen los sucesos, como los augures y las pitonisas de la antigüedad, creemos, si, que la razon de los hombres superiores posee el don de penetrar las brumas de lo porvenir, sino de desvanecerlas enteramente. Los de vida agitada y borrascosa,—el Tasso, Camoens, Cervantes,—¿cuántas veces no presagiaron sus tristes desventuras, cuántas veces no vieron abierto su sepulcro, aun en su edad mas juvenil, cuando la humanidad imaginaba gozar de ellos largos años!—En nuestros tiempos modernos, en el siglo XIX, ¿no hemos oído á Byron presagiar su triste fin, en medio de su existencia de orgías intelectuales? no hemos oído al autor del *Diablo mudo*, pronunciar á los treinta años su sentencia de muerte?

.....un doliente gemido  
mi dolor tributaba á mis cabellos,  
que canos se tenían,  
pensando que ya nunca volverian  
hermosas manos á jugar con ellos.

Así se realizó la profecía de Esopo por un prodigio que puso en gran aprieto á los Samitas: un águila, descendiendo de las nubes, robó el anillo público (1) dejándole caer en el seno de un esclavo. Consultado el filósofo como sábio y como uno de los primeros personajes de la república, pidió treguas para la respuesta, y recurrió á su oráculo de siempre, á Esopo. Aconsejóle éste que le llevase á la plaza pública, fundándose en que si salia airoso del compromiso seria gran honra para su dueño, y sino solo él, solamente el esclavo sufriria la rechilla de las gentes. Xanto aprobó la idea, y le hizo subir á la tribuna. Al verle tan feo, el pueblo se amotinó casi, acogiendo el exordio de su discurso con carcajadas de bafa; pero restablecido el silencio, y puesta la atencion general, mal su grado, en lo que decia, todos se admiraban de que pudiese raciocinar tan bien un ente tan despreciable. Dijoles Esopo que era grave error apreciar la forma del vaso mas que el licor que contiene; y como los Samitas se empeñaban en saber su opinion sobre el suceso que allí los reunia, Esopo se escusó por su situacion de esta manera.

—La fortuna—dijo—ha dado ocasion á una lucha de gloria, entre el señor y el esclavo. Si el esclavo sale vencido será castigado, y si queda vencedor será castigado tambien.

Comprendiéronle todos, y rogaron á Xanto que le diese por libre; pero el filósofo no accedió sino por orden espresa del magistrado. Ya libre, dijo Esopo que aquel suceso amenazaba á los samitas con la esclavitud, y que el águila y el sello significaban que un rey poderoso iba á intentar dominarlos.

Con efecto, poco tiempo despues, Creso, rey de Lidia, pidió un tributo á los samitas, amenazándoles con imponérselo por la guerra. Divididos andaban en Samos los pareceres, sobre pagar el tributo ó no pagarle, cuando dijo Esopo:

—Siempre la fortuna presenta á los hombres dos caminos: uno, el que los hace libres, está erizado de inconvenientes en su principio, pero despues es llano y agradable; el otro, el de la esclavitud, agradable al comenzar, pero triste y afanoso en la conclusion.

Esto queria decir á los samitas que defendieran su libertad, y ellos lo comprendieron. El embajador de Creso volvió á su corte con mal talante.

Al momento se puso el estado de Creso en pié de guerra; y con la noticia que le dió el embajador de que mientras tuviesen los de

(1) Una especie de sello, alegoría del poder, como el cetro de los monarcas de Europa.



Samos por consejero á Esopo, no los reduciría al cumplimiento de su voluntad, les exigió por condición de su libertad que le entregasen al Frigio. Los magnates de Samos tuvieron por ventajosa esta exigencia que les aseguraba la paz; pero Esopo les hizo mudar de opinión contándoles que en cierto tiempo las ovejas habían hecho un tratado con los lobos, entregándoles en rehenes los perros, su única defensa; y al punto mismo fueron todas devoradas por los lobos sin ningún trabajo. Aunque por esta fábula mudaron de opinión los Samitas, quiso el poeta ir á la corte de Creso, asegurándoles que en aquellas circunstancias mejor serviría sus intereses al lado de aquel monarca.

Admirado Creso al verle, exclamó:

—¿Será posible que tan ruin criatura sea el único obstáculo que mis intentos hallan?

Esopo se arrojó á sus pies y le dijo:

—Ocupábase un labrador en coger langostas, cuando cogió por azar una cigarra. Iba á ahogarla como hacia con las langostas, y ella le dijo: —¿Qué daño te puedo yo haber hecho, yo, que no talo tus campiñas, ni te causo mal alguno? Yo no tengo mas armas que mi voz ¿y esas pueden ser mas inofensivas? —Yo, gran rey, —repuso Esopo, —soy la cigarra: no tengo mas que voz, y no me sirvo de ella para hacerte daño.

Admirado y conmovido Creso, no solamente le perdonó, sino que le hizo formal promesa de no inquietar á los Samitas.

En este tiempo compuso Esopo sus fábulas. Dióselas al rey de Lidia por quien fué enviado con un mensaje á Samos, donde obtuvo casi una ovación. Por este tiempo también, tentóle el deseo de viajar y de conocer á los grandes filósofos del mundo. Los reyes de entonces se remitían unos á otros problemas sobre diversos asuntos, y el que no lo resolvía obligábase á pagar una especie de contribución. Lycerio, rey de Babilonia, con quien Esopo trabó estrecha amistad, llevaba siempre ventaja en estos certámenes con el auxilio del poeta.

Creyendo sin duda que la suerte no le había tratado muy mal, casóse el Frigio Esopo: pero no tuvo sucesión, y adoptó á un jóven de la nobleza llamado Enno, con tan mala ventura que dió con un villano que manció su lecho nupcial. Súpolo Esopo y le arrojó de su casa; y Enno por vengarse falsificó una correspondencia entre su padre adoptivo y los reyes émulos de Lycerio, con que persuadido este monarca, mandó á Hermippo, uno de sus oficiales, que diese la muerte á Esopo. Hermippo por fortuna era amigo suyo, y dando la noticia del cumplimiento de su orden á Lycerio, le mantuvo encerrado en una sepultura hasta que Necténabo, rey de Egipto, teniendo por muerto á Esopo, creyó poder hacer su tributario al de Babilonia. El desahío fué muy singular. Provochólo á que le mandase arquitectos capaces de construir una torre en el aire, ó que le mandase un sábio que respondiese á cuantas preguntas se le hicieran. En vano recurrió Lycerio á sus filósofos, que se daban de cabezadas, con lo que sintió la muerte del fabulista. Entonces, Hermippo le confesó su engaño, y sacó por su orden de la tumba á Esopo, que fué recibido con agasajo, y perdonó al vil Enno.

Al saber la proposición del rey de Egipto, rióla Esopo como una sandez, y aplazó su resolución para la primavera, en cuyo tiempo se puso en camino para Egipto con una comitiva compuesta de buitres enseñados por él á remontarse en el aire con una especie de globo, y un muchacho dentro (1). Necténabo, que se arriesgó á tal fantasía porque creyó muerto á Esopo, cuando le vió llegar á sus estados se tuvo por vencido. Preguntóle, no obstante, si llevaba los arquitectos y el sábio que respondiese á todas las preguntas. Esopo por respuesta le llevó al campo y soltó los buitres. A regular distancia del suelo gritaron los muchachos desde los globos que se les diera cal, piedra y maderas, con lo que Esopo dijo al rey:

—Ya están prontos los arquitectos: mandadles los materiales para la torre.

Necténabo se dió por vencido en esto; pero mandó venir de Heliópolis unos famosos sábios célebres en proponer enigmas. Durante una comida que el rey les dió propusieron á Esopo muchas adivinanzas de las cuales era ésta la mas difícil:

—Existe un grandioso templo edificado sobre una columna cercado por doce ciudades. Cada una de estas ciudades tiene 30 arcos, y por entre ellos pasean sin cesar una detrás de otra dos mugeres, una rubia y la otra negra.

—¡Bah! contestó Esopo. —Adivinanzas como estas las resuelven sin trabajo los niños de mi país. El templo es el mundo; la columna es el año; las doce ciudades los meses; los arcos los días; y las dos mugeres el día y la noche.

Uno de los amigos de Necténabo, picado del honor, dijo que Esopo no sería capaz de proponerles una cosa de que no tuvieran cono-

cimiento alguno. El Frigio escribió una carta que puso cerrada en manos del rey. Antes de abrirla aseguraban los sábios de Heliópolis que el asunto no debía ser cosa nunca vista ni oída; pero abriéndola Necténabo, y al ver que era una cédula por la cual confesaba deber á Lycerio, rey de Babilonia, dos mil talentos, exclamó:

—Señores, todos sois testigos de que esto es una calumnia.

—Tan calumnia, respondieron todos, que nunca hemos ni aun imaginado cosa como ella.

Necténabo despidió á Esopo de su país colmándole de presentes.

Algunos autores de la antigüedad atribuyen su permanencia en Egipto á la esclavitud material ó amorosa, que también indican esto, en que le tuvo Rodophea, la célebre Aspasia egipcia, que con las liberalidades de sus amadores construyó una de las tres pirámides que subsisten aun, la mas pequeña, pero la de mas mérito. Nosotros, humildes biógrafos del siglo XIX ¿podríamos resolver una duda histórica que data del tiempo de las pirámides?

Recibióle Lycerio en Babilonia con gran alarde de júbilo, y aun le mandó construir una estatua. Por ver y aprender renunció á todos los honores, y partió á Grecia por última vez.

A su paso por Delfos, como no le tributaran homenajes, comparó á las gentes del país con esas cañas que flotan en las superficies de los rios: todo apariencias y por lo interior huecas y podridas. Costóle caro la metáfora, porque los de Delfos determinaron tomar venganza con su muerte. Con tal fin ocultaron en su equipaje los vasos sagrados, y cuando volvió á emprender su camino en direccion á la Fócida, salieron en su persecución, y aunque juraba que no había cometido tal crimen le convencieron de él registrándole (1). Cargado de cadenas como un criminal volvió á Delfos, donde le sentenciaron los jueces á ser precipitado. Por aquella vez usó vanamente de sus felices armas: la sátira y el apólogo. Los jueces se burlaban de ambos.

Pudo escaparse al marchar al suplicio, y acogerse á una capilla dedicada á Apolo; pero le arrancaron por fuerza de allí. Entonces exclamó:

—¿Violais este asilo santo? día ha de venir en que vuestra maldad no esté segura ni aun en los templos. Un águila mató á una liebre que se había refugiado en su nido, á pesar de las súplicas de un escarabajo, y Júpiter castigó al águila destruyendo todas sus erias (2). Esto mismo os sucederá.

Poco tiempo despues de su muerte, una peste violenta devastó aquellas comarcas. Consultados los oráculos sobre el medio de aplacar á los Dioses, respondieron que era el único honrar los manes de Esopo. Al punto le elevaron una pirámide; pero los Dioses no se dieron por satisfechos, y dejaron á los hombres el castigo de aquel crimen. Con efecto, la Grecia envió á Delfos una comision indagatoria, que descubrió á los culpables de la muerte de Esopo, y los castigó severamente.

VICENTE BARRANTES.

## LA MENDICIDAD EN LONDRES.

### I.

#### Los mendigos en las calles.

Londres tiene proporciones harto gigantescas, y la intervención de la población flotante es necesariamente harto imperfecta, para que sea posible citar un número exacto de los mendigos de las calles. Sin embargo, un ministro del culto, llamado Baptiste Noel, que se ha ocupado de esta cuestion, ha publicado un escrito en que hace ascender este número á 8,000, sin contar los pobres vergonzantes que ejercen su profesion á domicilio. Como estos mendigos no están inscritos en los registros de las parroquias, y componen lo mas flotante de aquella población inmensa, se vé que el ministro ha debido establecer sobre datos bastante vagos la estadística de su noticia; lo cual no le impide que emita la opinion, quizás aventurada, ya que no muy caritativa, de que los nueve décimos de estos mendigos son unos bribones. Sea como quiera, una suposición mas verosímil es que, uno con otro, recoge cada mendigo 20 chelines (unos 100 reales) por semana, y que las limosnas de esta clase ascienden anualmente á mas de 32 millones de reales. El habitante de Londres tiene mendigos que han llegado á sacar un diario de 16 á 20 rs. Hace poco tiempo, el hijo de un artesano honrado, que tenia cerca de 14 años,

(1) Esta aventura parece invención de algun escritor moderno, porque es semejante á la de los hermanos de José. Y lo parece con tanta mayor razon, cuanto que de los escritores que hemos consultado, solo Lafontaine la trae.

(2) Este argumento es el de la fábula de Esopo *El Águila y el Escarabajo*, traducida por Lafontaine en el L. II de las *Fables* (*L'Áigle et l'Éscarbot*), p. 74 de la edición de Tours; y por Samartigo en el L. I. p. 20 de la edición de 1812.

(1) El mismo autor de quien tomamos esta aventura dice con mucha candidez que le parece inverosímil.



Comparecía por undécima vez ante el tribunal de policía, bajo la inculpación de mendicidad. Había sido castigado ya diez veces por el mismo delito, y acababa de sufrir dos semanas de cárcel en Bridwell. Se había sentado en la puerta de la iglesia con un papel en el pecho, en el que se leían estas palabras: «*A poor orphan boy*» (un pobre niño huérfano) y confesaba que en cada uno de los cinco días que había escapado á la vigilancia de la policía, no había recogido menos de 6 chelines. Lo mismo le había sucedido antes de sus arrestos precedentes. Por lo demás, no mendigaba sino impulsado por una pasión irresistible á ver comedias. Le era preciso ir cada noche al teatro, y si se lo permitía el estado de su bolsillo, se llevaba consigo uno ó varios de sus compañeros.

Algunos hechos publicados durante los 12 últimos años (y estos hechos no serán seguramente los únicos que se hayan presentado en una ciudad tan vasta como Londres) demuestran cuán productiva es la mendicidad de las calles. Una mujer que había estado 23 años seguidos barriendo una encrucijada de Charing-Cross, dejó al morir una fortuna de 3300 libras esterlinas (330000 reales); preciso es decir, en honor de la verdad, que no había recogido todo aquello con su escoba: sus compañeros y otras muchas personas la conocían con el nombre de la *Banquera*; prestaba con usura, pero la escoba era

la que había creado el capital, y un paquete voluminoso de billetes sin valor; aunque preciosamente conservados no obstante, probó de una manera evidente que el capital había sufrido varias brechas ocasionadas por pérdidas.

Otra mujer que había estado barriendo mucho tiempo en Keut-Street, legó poco antes de su muerte á un dependiente del banco de Inglaterra «*porque me daba cada vez un penique*», 1500 libras en dinero contante, y el resto de su fortuna, que eran unas 70 libras, «*al panaderote Morton*, porque no me ha dado nunca nada, lo cual le perdono, y con el fin de que en lo sucesivo piense en los pobres barrenderos de las calles.» La colección del *Blackwood-Magazine* del mes de agosto de 1857, habla de un negro que en el espacio de 50 años había recogido mendigando, una cantidad de 8000 libras esterlinas, que se hallaron en dinero, después de su muerte en su miserable albergue. Todos los periódicos cotidianos de su tiempo mencionaron un anciano tuerto, con la cabellera blanca como la nieve, que, después de haber manejado la escoba durante algunos años en la encrucijada de Fleet-Street, legó 700 libras esterlinas á la hija de Alderman Waitman, y esto no solo porque le había dado con mas frecuencia medio penique, sino tambien porque le sonreía siempre amistosamente. Hace dos ó tres años un negro se hizo á la vela para la



América, su país nativo, con 1800 libras esterlinas (unos 16000 reales) que había reunido mendigando.

Esto no puede suceder sino en fuerza de mucha economía, y no es esta la cualidad característica de los mendigos de Londres. En su esfera, sus necesidades ordinarias son cuasi una prodigalidad. La mayor parte de ellos gasta por la tarde lo que ha adquirido por la mañana. Hacia tres años enteros que un mendigo pagaba cada semana á un tabernero de Oxford-Street una cantidad de veinte chelines por surtirle de alimentos y bebidas, cuando uno de sus compañeros de escuela le conoció bajo sus harapos, y le ofreció un destino con 60 libras anuales, y casa de valde. El mendigo rehusó rotundamente, diciendo que se hallaba mucho mejor en su estado. Sin embargo, este oficio no debe ser ya tan lucrativo como antes. Últimamente, en un teatrillo de esos de calle en que se dá un penique, y están representadas frecuentemente con tanta exactitud las costumbres y la vida de las clases inferiores, preguntaba un mendigo jóven á un anciano:—«¿Qué tal ha sido el día?»—«¡Ay! contestó el anciano con un hondo suspiro, muy malo, Tommy hijo mío, la mendicidad no es ya en el día lo que era en mi juventud: es 50 libras por año peor que antes!»

Si todo eso demuestra la necesidad de practicar la caridad (esclama un autor alemán de *Morgenblatt*), los mendigos por su parte, no olvidan nada de lo que pueda escitarla. Todas las clases de bribones que hay en Londres tienen una reputación proverbial de astucia; pero ninguno de ellos es mas diestro ni mas inventivo que el mendigo de las calles. Espíota todas las enfermedades. La ceguera y la parálisis se encuentran principalmente bajo todos los aspectos y máscaras imaginables, sobre las cuales se cuentan por docenas anécdotas chistosas y dolorosas á un tiempo; desde que la enfermedad de

las patatas hizo subir el precio de los víveres, y que los periodistas han amenazado á Londres con los pronósticos de la escasez y el hambre, se ha hecho esta el tema favorito de los mendigos, y la decadencia de la salud, el texto extraordinario de sus lamentaciones cotidianas.

En la última escursión que hice en la *Cité*, vi en las gradas de la iglesia de san Andrés de Holborn, uno de los barrios mas animados de Londres, un hombre acurrucado sobre los talones, cubierto de harapos miserables, y á su lado un sombrero con estas palabras escritas en caracteres abultados: «*Mis hijos y yo nos morimos de hambre*.» La miseria y la desesperación estaban retratadas en su rostro pálido y enfermizo; un pañuelo blanco que le rodeaba la cabeza y estaba atado debajo de la barba, le daba el aspecto de un cadáver; hallábase agobiado y parecia encontrarse en la imposibilidad de mover ni brazos ni piernas; el día estaba frío y nebuloso. Las monedas de cobre y plata llovían en el sombrero del desgraciado. Manifestaba su gratitud entreabriendo los ojos ó moviéndose cuasi imperceptiblemente; muchas personas se paraban á su alrededor: «*el pobre espira*,» decía uno. «*No le resta una hora de vida*,» decía otro. «*No hay nadie aquí que...?*» dijo un anciano de semblante bondadoso, y espiró la palabra en sus lábios. El moribundo aparente, arrancando su pañuelo, le había echado en el sombrero y se había puesto éste, y atravesando el círculo de espectadores, subió á todo correr la cuesta de Holborn. ¿Había resucitado? La sorpresa llegaba á su colmo, pero se despojó la incógnita pocos momentos después. Nuestro pillastre vagabundo había visto de reojo y á lo lejos un oficial de la Sociedad de Mendicidad, y la perspectiva de una reclusión de algunas semanas en Bridwell le había restituido de improviso el uso de sus miembros.



En el número de los mendigos ciegos, hay muchos, sin embargo, que están privados efectivamente de la vista. Se hacen guiar generalmente, en su peregrinación por la ciudad, por perros tan bien enseñados por lo general, que miran á los transeúntes con un aspecto cuasi tan suplicante como podrían hacerlo sus mismos amos: el instinto ó la sagacidad les enseña á conocer las personas que están mas dispuestas á dar. Una tarita de estaño que sostienen en la boca y presentan á los transeúntes, recibe las ofrendas de la caridad, las que entregan despues á sus amos. El artículo del *Blackwood Magazine* que hemos citado ya, habla de un mendigo que se enriqueció por medio de su perro. Este ciego se llamaba Carlos Wood, y existía aun, cuando se escribió dicho artículo. «Wood, dice, se llegó á convencer de que su perro era un animal extraordinario, el perro francés Robert (por diminutivo Rob), y tenía la costumbre de arengar así á los transeúntes: «Señores y señoras, tienen vds. ante su vista al perro sábio francés Robert, ¿quieren vds. hacer la prueba? Echadle algo, y verán con qué prontitud lo recoge para dárselo á su pobre amo ciego. ¡Atencion! ¡Rob, está vigilante! ¡abre el ojo, Rob!» Las monedas caían con profusion: Rob las recogía y metía en el bolsillo de su amo. «Lo agradezco infinito, almas caritativas, añadía este último; si quie-

ren vds. recompensar al pobre animal, está pronto siempre á trabajar, y cogerá lo que le arrojen sin dejarlo caer al suelo.»

Otro ciego célebre y de una época mas reciente, era Jorge Dybal, hijo ó sobrino, no lo sé á punto fijo, del mendigo de este nombre que sirvió de modelo á Flaxmann para su estatua tan conocida, del mendigo alegre (*the jolly beggar*). Jorge conoció que convendría á sus intereses el llevar un traje de marinero, á pesar de que nunca había puesto los pies sobre la cubierta de un buque, y sin temor de ofender el orgullo nacional de los ingleses, puso á su perro el nombre de Nelson. Refiérese de aquel animal una multitud de rasgos de astucia de que solo el hombre es capaz. Decíale su amo la calle á que quería dirigirse, y no solo le llevaba á ella directamente, sino que escogía el camino mas corto y practicable para un ciego. Si profería Dyball su grito habitual: *¡Pray pity the poor blind!* (¡tened piedad del pobre ciego!), Nelson le contestaba con un ahullido lleno de espresion, y miraba á su alrededor con el aspecto mas lastimoso si los que pasaban no hacían caso de ellos, aproximándose á su amo á quien tocaba ligeramente en la rodilla con su taza de estaño. Si recibía una limosna, dejaba la vasija en el suelo al instante, cogía con los dientes el dinero y lo ponía en la mano de su amo meneando la cola.



Un perro que servía de guía á un soldado que había perdido la vista en Waterloo, y al que designaba éste por especulación con el nombre de Blücher, no ha dejado recuerdos tan gloriosos. Hacía muchos años que le encontraba siempre con su amo, en Bond ó en Regent-Street. Viendo un día al soldado solo, le pregunté involuntariamente: ¿Dónde está Blücher?—¡Ha desertado el traidor! me respondió con amargura. Poco tiempo despues, dejé de ver al soldado: había muerto repentinamente.

Muchas trampas y embustes de los mendigos de las calles se arreglan segun las estaciones. Se ha llegado á probar evidentemente que solo por astucia están completamente vestidos y abrigados en el verano, y cuasi desnudos en el invierno. Parece maravilloso particularmente y solo por resultado de una atracción inconcebible, el cómo se sostienen juntos los andraxes que cubren sus miembros, y su ropa es tanto mas ligera cuanto mas intenso y penetrante es el frio. Tuve ocasion, en uno de los últimos inviernos, de observar un mendigo de esta clase. En los días mas rigurosos, permanecía con la cabeza descubierta, sin medias ni zapatos, con una chaqueta acerbillada de agujeros y un pantalón de lana muy ligera, á la entrada del pasaje avo-bedado, y muy espuesto á la corriente de aire que conduce de Ansen-Córner, en Pater-Noster Row, á la plaza de Hall-Court. Prestaba oído atento al mas mínimo ruido de pasos, y cuando conocía que se acercaba alguna persona, empezaba á temblar con todo su cuerpo, con engañosa propiedad, imágen muy natural del frio que aparentaba sentir interior y exteriormente. Cuando estaba solo, se restregaba algunas veces las manos, y parecía hallarse muy contento. Podría tener unos 50 años y debía estar ya á prueba de los vientos enfilados, porque sino faltó nunca de su sitio cuando podía fingir con alguna apariencia de verdad que temblaba y se estremecía, en cambio no se le veía nunca en los días templados y serenos de que tan escaso es el invierno.

Aunque todo esto se hace con perjuicio de la salud, no por eso deja de ser una supercheria odiosa y digna de severa censura, con mucha mas razon cuando madres sin corazón y padres feroces hacen servir á sus hijos para estas trampas repugnantes y vergonzosas. No existe hipocresía en aquellas pobres criaturitas, cuando acurrucados en un rincón, medio desnudos, agita el frio todos sus miembros, cuando con los lábios cárdenos y los ojos preñados de lágrimas, imploran una limosna y tienden á los transeúntes sus manitas amoratadas é hinchadas por el frio; están obligados á ofrecer en sacrificio el dolor de su joven existencia, al temor de los castigos y á la codicia. Es cierto que la Sociedad de Mendicidad se opone con laudable actividad á estas infamias; pero las 6,000 calles de Londres desafían á una vigilancia universal, y si los hechos numerosos dados á la publicidad por la *Society* escitan una simpatía profunda hácia aquellos niños desgraciados, y el horror mas profundo hácia sus padres, ¿cuántos hechos habrá de esta clase que no serán conocidos nunca, fuera de un círculo muy reducido?

Una averiguación practicada hace pocas semanas aun, reveló que una madre desnaturalizada colocaba sus dos hijos, de edad de 8 y de 10 años, apenas vestidos, y con los pies descalzos, en el tiempo mas crudo, ya en una calle ya en un pasaje; que sacaba cuotidianamente cuatro schelines de la sola venta de los zapatos que les daban á sus hijos; que les pegaba hasta bañarlos en sangre, si, en el transeurso de un día, no recogían por lo menos seis schelines; que gastaba la mayor parte de este dinero en bebidas espirituosas; que habiéndosele helado los pies á uno de sus niños, fué necesaria la amputación, y la muerte le arrebató el otro.

He dicho mas arriba que los mendigos de las calles eran los bribones mas astutos de Londres. Un individuo de esta clase, y que en caso de necesidad podía contar con su habilidad en el arte de la natación, se precipitó tres ó cuatro veces al Támesis, aprovechando siem-



pre el momento en que se hallaba cerca alguna lancha que pudiera pescarle. Tenía cuidado de que se hablara de la miseria mas espantosa que habia motivado su tentativa de suicidio, y de que se hiciera inmediatamente despues una colecta en favor del pobre desgraciado, de cuyo producto hacia partícipes en seguida á sus compadres. La astucia de las mugeres no se queda atrás nunca. Una muger se sienta en el dintel de una puerta teniendo en brazos dos niños de pecho que nunca son hijos suyos; los pelliza, lloran, y cuando le preguntan el motivo del amargo llanto de las tiernas criaturitas, contesta que no tiene leche para amamantarlos, porque desde la vispera no ha tomado alimento alguno. Otra estrecha contra su seno un paquete de trapos que debe representar un niño en mantillas (*the dear baby*), que está agonizando, y no tiene ni un penique para comprarle medicamentos. No son estos sin embargo los medios mas vergonzosos empleados por los mendigos para sangrar los bolsillos de las personas caritativas, pero la pluma se resiste á narrarlos.

La especulacion que explota tan activamente todos los ramos del comercio, se ha apoderado igualmente del oficio de mendigo, y cuando no bastan los recursos pecuniarios, recurren á la asociacion. Hace algunos años que los periódicos alemanes de Londres hablan con indignacion contra el alistamiento de esos centenares de muchachas apenas nubles, que remiten á aquella ciudad, y que, al servicio de su amo, y únicamente por no ser arrestadas como mendigas, andan vendiendo escobas ó azafates, cantando baladas de la Suabia y del Rhin, y son conocidas bajo el nombre de vendedoras de escobas de Alemania (*German broomgirls*), pobres infortunadas que se ven obligadas á abandonar á sus amos lo que han ganado con sus mercancías ó por cualquier otro medio, en cambio de un mal alimento, de un pésimo albergue, pero de un bonito traje. Ya se habian publicado estas protestas en el mes de abril de 1854, con motivo de persecuciones entabladas contra dos hombres que albergaban en su casa, situada en el barrio de Saffran-Hill, treinta y tantos muchachillos italianos que enviaban á correr por las calles con zampañas, ratones blancos, monas, galápagos y otros mil pretextos para encubrir la mendicidad. Cada uno de estos niños no llevaba por la noche menos de seis schelines; los castigaban con golpes y hambre, y sus malos tratamientos ocasionaron la muerte de uno de estos desgraciados. Reproduciéronse de nuevo las citadas reclamaciones, cuando un mercader italiano llamado Lucioni, reveló á los tribunales que la Inglaterra no encerraba menos de 4000 de estos niños, que estaban repartidos sobre toda la superficie del reino, y sumidos en una profunda depravacion fisica y moral. Las revelaciones de Lucioni se insertaron en todos los periódicos; pero todo esto fué inútil: los vendedores de escobas y los saboyanos se ven continuamente en las calles de Londres y en crecido número.

Los mendigos celebran asambleas en que acacen algunas veces cosas muy singulares: Archendolf las ha referido detalladamente en su obra titulada *England and Italy*, y publicada en Leipsic en 1787. Otros sabian ya esto por la célebre ópera de Gay *El Mendigo*. Existen aun en el día estas asambleas, pero han sufrido variaciones esenciales en sus reglamentos interiores. Son rigurosamente secretas sobre todo, y están organizadas con la mayor regularidad: tienen un gefe, director supremo, un sistema electivo y leyes de recepcion. Estas sujetan al candidato á una prueba de su habilidad, y la eventualidad de no ser admitido. Otra novedad que se ha introducido en los estatutos de esta sociedad es la division de Londres entre los miembros que la componen. Cada uno de ellos tiene su distrito especial, limitado, y cualquiera usurpacion ó irrupcion es castigada con la mayor severidad. Por lo demas, las costumbres y el método de vida de los mendigos son probablemente aun los mismos que en la época en que el principe de Gales, despues Guillermo IV, frecuentaba de incógnito y acompañado de su edecan el mayor Hanger aquellas asambleas ó reuniones nocturnas, de que ha hablado este último en sus memorias.

(Concluirá.)

## LA REINA SIN NOMBRE.

CRONICA ESPAÑOLA DEL SIGLO VII.

(Continuacion.)

VI.

Nada de particular ofrecieron los quince primeros dias que pasó Floriana en Segóbriga. Situada la ciudad en un alto, situado en lo mas alto de la ciudad el castillo y residencia del duque, desde sus azoteas se descubrian, mirando hácia el mediodía, los cerros que

cercaban el Valle del Paraíso, donde Floriana habia vivido feliz. Allí descansaban las cenizas de su madre y de su padre. Allí habia quedado tambien sepultada su ventura. ¿Qué sería de la anciana Apicela, que habia servido de madre á Floriana despues del fallecimiento de Pomponia? ¿qué sería de los fieles Nehridio y Laureano? ¿Cuántas lágrimas habrian vertido por la ausencia de su amada señora! y si hubiera sabido su suerte...! ¡oh! entonces, Apicela sin duda hubiera espirado de pesadumbre.

Estas reflexiones acosaban á Floriana, cada vez que se alzaba del lecho, porque su primer cuidado era subir á la azotea para dirigir una mirada al valle. Desde allí se elevaba al cielo su fervorosa oracion matutina.

Froya parecía haberla olvidado: ni la buscaba ni huía de su vista. La noche que entraron en la ciudad, le dijo estas pocas palabras: «He querido hacerte mi esposa; has preferido ser mi esclava: sólo en buen hora.» No le habia dicho mas, y su porte con ella parecia conforme á este supuesto. Mas aquella indiferencia era una capa de nieve que encubria un volcan.

Los desiguos sediciosos de Froya habian vuelto á reproducirse despues del acontecimiento nocturno verificado en la Hoz. Muchos de los gefes de la conjuracion proyectada habian acudido á Segóbriga, y otros se mantenian esparcidos en las poblaciones convecinas. La ambicion y la venganza ocupaban mucho lugar en el corazon de Froya para que le quedase alguno al amor. En esto llegó inopinadamente á Segóbriga Teodosinda.

—¡Venganza! fué la primera palabra que dijo á su hermano. Me han injuriado cruelmente; véngame.

—¿Qué injuria le han hecho?

—Sabes que por consejo, ó mas bien por orden del Rey, escribi una carta á su hijo.

—Dí que se la hiciste escribir á Floriana.

—Pues bien, la dicté yo, la escribió ella. En aquella carta me mostraba benigna y aun amorosa con Recesvinto. ¿Cuál te figurarás tú que ha sido su respuesta?

—Dimela lisa y llanamente y escuso de figurarme nada.

—Me ha contestado que su padre no piensa en casarle conmigo, y que si me ha visitado y hecho concebir esperanzas, sin duda ha sido con el objeto de ganar tiempo y desabaratar las asechanzas que armamos contra él, de las cuales está perfectamente enterado. Que mire por mí y por tí, aprovechando el aviso que me envía, porque Flavio, aunque tardío en escarmentar, es inexorable cuando alza el brazo para el castigo, de lo cual el mismo Recesvinto tiene pruebas recientes. Que renunciemos en fin á minar el trono de Flavio, y guardemos un profundo silencio sobre las noticias que nos comunica.

—¿Sabe ya nuestros proyectos el viejo? Mejor: es preciso ya luchar cara á cara. A mí quizá me debe el haberse ceñido la corona: á mí me deberá tambien su caída. Flavio es un usurpador.

—Es un ingrato.

—Quiere hacer hereditaria la dignidad real.

—Oprime y escarnece á los que le han servido.

—Es un monstruo sanguinario. A fuerza de suplicios no ha dejado en España ni siquiera uno de los capitanes y hombres de cuenta que se levantaron en varias épocas contra todo género de tiranía.

—Es un instrumento ciego de la ambicion y rapacidad del clero. El obispo de Zaragoza y el de Toledo mandan á España en su nombre. Es necesario que Flavio sufra la suerte de sus predecesores. Veinte y siete reyes llevamos los godos desde Ataulfo, no contando al que hoy reina: de estos entre asesinados, muertos en batalla ó depuestos, creo que se cuentan catorce. No hará novedad añadir uno á ese número. Muerto el padre, quedará sin valedores el hijo.

—Sí, sí: tú estás llamado á ser rey.

—Yo no sé si lo seré, ni me importa: lo que me importa es vengarme.

—Y á mí. A eso vengo á Segóbriga: los medios de llevar á cabo la insurreccion quedan á tu cuidado: al mío queda satisfacerme. Es necesario que me entregues la esclava.

—¿Para qué?

—¿Puedes dudarle? Para quitarla la vida. Por ella me ha despreciado Recesvinto.

—Recesvinto es el culpable: él es el que debe perecer. Y parecerá, no tengas cuidado: de ese yo te vengaré.

—Es que yo no quiero que muera Recesvinto.

—Es que yo no quiero que muera Floriana.

—¿Qué venganza es la mía si no me libro de una rival?

—¿Y cómo puedo yo ocupar el trono, si no acabo con mi competidor? La vida de Floriana á nadie perjudica; la de Recesvinto es incompatible con la mía. ¿O quieres, si me apodero de su persona, que se le inhabilite para el trono cortándole el cabello, como tú hiciste con Floriana, y que te le entreguen luego para que le des la mano?



—¿Pues con qué objeto pretendes conservar la vida á Floriana?  
—Con el de tenerla por esposa no, porque no puedo. Pero aun-  
que me casara legitimamente con ella ¿es lo mismo una mujer que  
un hombre? ¿es lo mismo un godo que una romana? A ella no le en-  
vilece esa pena y á él sí. Como te creyera yo capaz de unirme á un  
hombre degradado, aquí mismo te daría de puñaladas despues de  
haberte escupido al rostro.

Teodosinda se mordió los labios de rabia, no sabiendo qué res-  
ponder. ¡Oh! dijo sin embargo para sí: mi rival no vivirá, yo lo  
aseguro: para algo he venido yo de Toledo.

La conversación de los dos hermanos fué interrumpida por un do-  
méstico que avisó á Froya de que tenía que hablar con el verdugo  
Sisberto.

Es mi mejor espía, dijo Froya á su hermana: déjame solo con  
él un rato. Teodosinda se retiró, no sin haber parado antes la vista  
y la atención en aquel hombre, acerca del cual pidió informes en  
seguida al mayordomo ó inspector del palacio-castillo. La historia  
del verdugo era digna de saberse.

Nació Sisberto en Valeria, su padre, que era médico, le desti-  
nó á su profesion, en la cual hacia el jóven progresos notables, y se  
hubiera acaso distinguido como habilísimo confeccionador de reme-  
dios, á no haberle lanzado ignominiosamente de su docta carrera la  
suerte contraria. Era el padre de Sisberto tutor de una hermosa don-  
cella, heredera de pocos bienes, pero dotada de una soberbia des-  
medida. Prendóse Sisberto de la doncella, cuyo nombre era Cento-  
la; el padre aprobaba la inclinación del hijo; ella recibía de buen  
talante sus obsequios; pero de la noche á la mañana, habiendo cum-  
plido los 13 años, edad en que termina la tutela del huérfano, pidió  
al tutor cuenta de sus bienes y se separó de su casa, codiciosa la mal  
aconsejada jóven de mas alto empleo. El gobernador de Valeria puso  
los ojos en Centola, que se le entregó sin reparo con escándalo tal  
de toda la ciudad, que el anciano físico que la habia educado, falle-  
ció de pesadumbre: júzguese cuál seria la de su hijo. Dió á luz una  
niña Centola un año despues de su conocimiento con el gobernador de  
Valeria: nació enferma la criatura, y como ya entonces hubiese he-  
cho Sisberto algunas curas que le dieron fama, el gobernador le lla-  
mó para que asistiera á su hija. Escusóse Sisberto confesando fran-  
camente que aborrecia tanto á la madre despues de su perfidia y  
envilecimiento (tales fueron sus palabras, á la verdad poco pruden-  
tes), que tenia no mirar con el debido interés por la vida del  
inocente fruto del culpable trato. El gobernador, hombre feroz y  
maligno, lejos de estimar esta confesion ingénua, se empeñó te-  
nazmente en que Sisberto habia de asistir á su hija: Sisberto hubo  
de ceder, y por malos de sus pecados murió la criatura. Enfurecido  
el gobernador puso acusación al físico haciendo de juez y de parte,  
alegando que Sisberto habia sangrado á la niña, y que habiendo es-  
ta fallecido, el médico, segun la ley, debía ser puesto á disposicion  
de los parientes del difunto para que hicieran de él lo que les plu-  
guiera: lo que hizo el gobernador con Sisberto fué cosa terrible. No  
se podia meter en cárcel á un médico sino por homicidio: Sisberto  
lo negaba y no podia probarsele: el gobernador discurrió un torren-  
to inusitado para satisfacer su ira; mandó encerrar á Sisberto en un  
patio cercado de altas y gruesas paredes, donde no habia forma de  
escaparse, y prohibió con pena de la vida que se le proporcionase  
abrigo ninguno. Era esto en medio de un invierno horroroso en que  
á una fuerte nevada sucedian agudísimos hielos, y cuando alojaba  
el frío del hielo volvía á caer nieve: el gobernador decía mofándose  
que no se podia guardar mas estrictamente al físico su prerogativa:  
la ley vedaba que se le tuviese en la cárcel y cierto que no era cár-  
cel donde él le tenia. En medio de una noche de las mas crudas que  
puede haber en aquella region destemplada, Sisberto, arrecido, des-  
esperado, hinchadas todas sus estremidades, gritó repetidas veces  
para que le sacaran de allí, aunque fuera para quitarle la vida: el  
gobernador alzándose del caliente lecho, se asomó á una ventana  
que daba al patio, y es voz comun que dijo á Sisberto las siguientes  
ó semejantes razones: De envilecida has tratado á la mujer que hon-  
ro con mi cariño: si quieres conservar esta noche la vida, es preciso  
que te coloques mil veces mas bajo que ella: si ella es mi comleza,  
tú que la has injuriado, has de servirme de verdugo. Rabioso Sis-  
berto, y como si en aquel instante se sintiese inspirado del don de la  
profecía, dicen que respondió sin detenerse: Mónstruos como tú y  
la que te ha sugerido quizá ese pensamiento, es imposible que no  
encontréis al fin el castigo de vuestros crímenes: acepto el empleo  
que me ofreces, ya que no tengo padre ni parientes en quienes re-  
caiga el oprobio; me queda la esperanza de que vengais un día á  
parar á mis manos. Rióse descaradamente el gobernador; mandó  
abrir las puertas á Sisberto, y que le instalaran en su nueva casa y  
oficio; pero el terrible pronóstico del amante de Centola llegó con el  
tiempo á realizarse. Exaltado al trono un príncipe tan severo como  
Flavio, no era posible que un gobernador tan inhumano subsistiese

en su puesto: incurrió ademas en el crimen de traicion, y le fueron  
sacados los ojos por Sisberto, el propio verdugo que él habia creado.  
Centola, abandonada del gobernador, se abandonó á todos: el con-  
de ó gobernador nuevo de la ciudad le impuso el castigo que la ley  
señalaba: recibió 500 azotes por primera vez de mano de Sisberto, é  
igual número despues por haber reincidido. Y como á la mujer mun-  
dana reincidente debe el conde de la ciudad entregarla por esclava á  
un hombre de infimo estado, Sisberto, despues de ejecutada pública-  
mente la segunda pena de Centola, pidió al nuevo gobernador que  
se la diese á él como se la habia de dar á otro, y le permitiera pasar  
á ser verdugo en otra ciudad, puesto que Centola debía tambien con-  
arreglo á la ley salir desterrada: otorgó el conde la súplica, y Sis-  
berto vino á establecerse en Segóbriga, donde se casó con Centola,  
la cual desde que cayó en poder de Sisberto, estuvo á pique de  
morirse, no de enfermedad, no de desesperacion ni de vergüenza,  
sino puramente de miedo. Sisberto cumplió siempre con puntuali-  
dad las terribles obligaciones de su empleo, las cuales sin embargo  
nunca le obligaron á teñir de sangre el cuchillo, merced á la sábia  
parsimonia con que se emplea en España la pena de muerte: con to-  
do, malas lenguas decian que le repugnaba atormentar á un escla-  
vo ó un pobre, y sentian una ruin complacencia en el castigo de un  
reo de superior gerarquía; por lo menos es cierto que aborrecia á los  
condes inhumanos y á las mujeres orgullosas. Curaba empero con  
humanidad á sus víctimas, era hábil en la composicion de venenos,  
y los condes de Segóbriga le solian emplear para sonsacar á los es-  
clavos y gente humilde, entre quienes su presencia producía el mis-  
mo efecto que la amenaza de la tortura. No habia secreto que perman-  
ciese oculto en dirigiendo él al preguntado este aviso terrible: Mira  
no vengas á parar á mis manos!

Con estas noticias que recibió Teodosinda del mayordomo del  
castillo, mandó inmediatamente llamar á Centola. En tanto que des-  
de las cárceles del castillo donde tenia su habitacion, subia la ver-  
duga á la torre que habitaba Teodosinda, tenian Froya y Sisberto un  
diálogo así:

—En efecto, señor, tus sospechas eran fundadas: una persona de  
gran viso anda escondida en estos alrededores; la he descubierto, la  
he visto. Quizá no podrás imaginarte quién es.

—Quizá sí. ¿No es el hijo de Flavio?

—El príncipe es.

—¿Conseguiste penetrar en su habitacion?

—Entré.

—¿Sin que te viera nadie?

—Si alguien me ha visto, habrá cerrado los ojos, y procurará ol-  
vidarse de que me vió: en fin, callará.

—¿Qué notaste en la habitacion de Recesvinto? Te mandé abrir  
todas las puertas, registrar armarios y cofres.

—Sobre una mesa tenia muchas cartas en cifra.

—¿En cifra? ya: la correspondencia con los de su partido. Pero  
adelante: ¿has provisto de llaves maestras para todo. Háblame de  
sus armas. ¿Qué armas le hallaste, ofensivas y defensivas? Hasta de  
sus vestiduras quiero que me des cuenta.

—En cuanto á vestidos, no dejó de sorprenderme el hallar en  
aquella habitacion uno como de mercader africano ó sirio.

—Un turbante, una túnica de mangas largas, un manto blanco...

—Precisamente. Un alfange corvo... una coraza flexibilísima  
de escama para debajo del vestido. ¡Ah! y en una arqueta, envuel-  
to con mucho cuidado un capacete romano antiguo... adornado con  
una magnífica cabellera femenil.

—El es sin duda: él era: no estaba entre las vascones, me esta-  
ba siguiendo los pasos: ama aun á Floriana. ¡Oh! esta vez perderá  
la esclava y la vida.

(Estas espresiones fueron pronunciadas en voz tan sumisa, que  
el verdugo no pudo entenderlas ó se hizo el sordo.)

—¿Y dices, siguió el duque, que solo le acompañan dos ó tres  
esclavos?

—Y tan ocupados los trae, que por lo comun solo uno se halla á  
su lado.

—Esta noche ¿á qué hora le esperan?

—A media noche y vendrá solo.

—Perfectamente, dijo para sí el duque apartándose de Sisberto;  
poniéndome en emboscada con media docena de hombres determi-  
nados, Recesvinto cae sin remedio en mi poder y me le traigo á los  
calabozos del castillo. Tú, prorumpió dirigiéndose al verdugo, vas  
ahora á permanecer en tu habitacion sin salir de ella ni hablar con  
ninguno.

—¡A buen tiempo tomas precauciones! pensó el disimulado ver-  
dugo: antes de venir aquí, ya he dado cuenta de todo al confidente  
del príncipe.

Separáronse con esto: el duque á buscar á sus cómplices, y el  
verdugo á Centola.



## VII.

El alcázar destinado á los gobernadores de Segóbriga, situado como ya hemos dicho en lo mas alto del cerro donde tiene su apoyo esta ciudad menos grande que fuerte, contenia unos calabozos casi subterráneos, contigua á los cuales se hallaba la habitacion del verdugo Sisberto: un estrecho y largo cochitil le servia de almacen para los trastos de su oficio. En un rincon se veian una cuchilla mohosa y un tajo cubierto de polvo; mas á la mano varios instrumentos de tortura; y colgadas de las paredes cuerdas, correas y varas. Al lado de una ventana un hornillo pequeño, y en los andenes que ocupaban uno de los cuatro muros del cuarto, varias vasijas, manojos de yerbas y drogas. Cuando Sisberto se hallaba acometido por alguna idea honrada y noble, digna de su primer estado, cuando deseoso de hacer algun bien tropezaba con su impotencia, se encerraba en aquella cámara, donde el aspecto de los cordeles y el potro le hacia recordar su vil ejercicio; y en contemplándose verdugo, se creia dispensado de interesarse por nadie. Era ya muy entrada la noche: daba luz al cuarto una lámpara que cuanto mas visible hacia el menage de aquella mansion, tanto mas horrible la presentaba. Sisberto silencioso y mustio se paseaba de un extremo á otro: la puerta del cuarto se hallaba entreabierta, y habiendo indeliberadamente dirigido la vista á ella dos ó tres veces, creyó haber visto á su mujer asomada observándole. Sorprendiéndole la novedad por qué no suponía él á Centola, desde que vino á sus manos, con bastante atrevimiento para espiarle: motivo era preciso que hubiese. Mandóla con desagrado que entrase y le preguntó por qué le acechaba.

Obedeciéndole Centola, tímida y trémula. Desde su aciaga boda no habia en ella mas pasion que la del miedo. Sus mejillas habian perdido los vivos y hermosos matices de otro tiempo, sus ojos habian cobrado una expresion espantadiza: una palabra fuerte de su marido bastaba para que se la espeluzara la corta cabellera que velaba de negro su cabeza abatida siempre, simbolo de la servidumbre que se ha merecido.

Balbuzeando, interrumpiéndose y graneándose el cútis de todo el cuerpo cada vez que veia á su tremebundo marido arquear las cejas, relirió Centola que la habia llamado Teodosinda, y quedándose sola con ella, la señora habia principado por encargarle que dijese la verdad y guardara secreto, porque sino le mandaria echar un lazo

á la garganta. Centola con tan benigna advertencia habia prometido todo lo que se exigia de ella; Teodosinda le habia preguntado si le habia enseñado Sisberto á preparar algun veneno fuerte, cuya accion fuera tan rápida, que no diese lugar á ningun remedio. Contestó que sí Centola; le encargó Teodosinda que fabricase uno aquella noche misma y se lo entregara; y habiéndole hecho presente Centola que tendria necesidad de dar cuenta á Sisberto y este al duque, la señora le habia dicho que era muy dueña de tratar con Sisberto el asunto; pero que si Froya llegaba á saberlo, contase con que ella y el verdugo moririan á la primera ocasion sin remedio. Hé aqui por qué temblaba Centola de anunciar á su marido el compromiso fiero en que la hermana del gobernador los ponía. Felizmente Sisberto escuchó la noticia con mas estrañeza al pronto que desagrado: echóse á discurrir para qué persona querria Teodosinda el veneno, y no pudo menos de ocurrirle al instante que debia estar destinado á Floriana, como era en efecto; al dia siguiente habia de salir de Segóbriga el duque, y durante su ausencia queria envenenar Teodosinda á su rival detestada. Trató Sisberto de avisar al duque, no obstante la amenaza de Teodosinda; pero al querer abrir una puerta colocada al fin de un pasillo por donde se salia de su habitacion, á un patio, halló que por la parte de afuera habian puesto á la puerta un recio candado, á fin de tener incomunicado á Sisberto mientras la suerte del principe se decidia. El verdugo con esto, despues de un rato de profunda y silenciosa meditacion, llamó á su mujer y afectando serenidad se puso á preparar el tósigo, ayudado de Centola. La operacion fué larga y les ocupó mucho tiempo: Sisberto se enojó veinte veces con su muger diciendo que lo equivocaba todo, echóla por fin del laboratorio y concluyó él la confeccion de la funesta bebida. Mas de la media noche era ya cuando la envilecida pareja, terminada su obra, iba á ocupar el lecho: ruido de pisadas y crujir de armas por los tránsito inmediatos les hicieron comprender que traian algun preso al castillo. Era en efecto el principe que sorprendido por los satélites de Froya al retirarse á la casa donde se escondia, habia sido preso sin poder defenderse: un esclavo á quien Sisberto habia encargado que dijera á su amo que se guardara, no habia podido encontrarle. Abrieron un calabozo y encerráronle en él amarrándole á una fuerte cadena.

(Continuará.)—JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

## PELIGROS DE MADRID.



—Vea V., don Lucio: hemos ido á ver la salida de los toros, han empezado las apuestas, y Carmen se me ha extraviado. ¡A los diez y siete años perderse!... ¡Tan bonita como es!... ¡Y yendo conmigo!!  
 —¿Que quiere V., don Severo, peligros de Madrid?

Oficinas y establecimiento tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alban y Bra, calle de Locomotora, núm. 26.